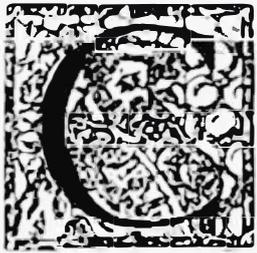


Chela Reyes

## Tía Eulalia

(Fragmento de novela inédita).

ERA UN HORMIGÓN MARAVILLOSO.



CON su alta cabeza gris y el cuerpo serpentino y dulce, se deslizaba como en puntas de pies por las dormidas estancias de la Casa. Los espejos de aguas muertas y herrumbrosa captaban su silueta indecisa, trataban de retener esa gracia en sus inmóviles estanques. Pero ella pasaba y repasaba junto a las consolas inverosímiles con su plumero celeste, tocando con la punta de sus dedos transparentes las porcelanas translúcidas y sus retorcidos amorcillos, quitando de ellas el polvo que se obstinaba en dormir entre las piernecillas regordetas de los ángeles.

Hacia esta tarea con una leve y misteriosa risa detenida en los ángulos de su boca carnosa. Iba tal vez como danzando sobre las alfombras regalonas y altas donde hace medio siglo sus pies brevísimos iniciaron un aire lento y lleno de amor. Sacudía las cortinas so-

ñolientas, desatando los blandos cordones de algodón y seda, para que una polilla azorada volase en círculos desatentados hacia la tamizada luz de los stores caídos y tropezase en sus encajes de triste marfil. Entonces el plumerito celeste la aprisionaba y abatía con un golpe blando el temblor desatentado.

La tarea de Hormigón podía durar una hora, pero ella alargaba esos minutos como si ansiara prolongar la hermosa y mortecina luz de su vida.

Era en esa hora de amanecida, en que los ruidos de la Casa comenzaban a bostezar, cuando Hormigón se introducía en su ardiente pasado, con su delantalito blanco y el plumero alzado como una vara mágica.

Y se dirigía rectamente, sin vacilaciones, hacia el Retrato.

¡Ahí estaba!

Ahí estaba con su barba rubia y sus ojos de dominador. Hormigón sentía como si un lento baño de amor se deslizase desde su boca hasta sus piernas temblorosas y se arrebujaba en esas aguas eternas, sintiendo como esos ojos la penetraban, la inundaban en el flujo vital de su pasado redivivo. Entonces alzaba su manojillo de plumas y acariciaba el rostro, peinando la barba rubia, donde los labios firmes y bondadosos se ofrecían. Y aun Hormigón sentía como su boca humedecida y rebelde y como su corazón recatado, su conciencia vigilante para todo lo que no fuera su amor, deshacían sus inútiles fronteras ante esa boca viva y no alcanzada.

Y sacudía su cimera gris como sacudía el corazón de la menor ceniza. Cuidaba de esas ascuas alertas que entibiaban su espíritu y su carne aun despierta y macerada.

¡HORMIGÓN TUVO UNA VOZ TAN HERMOSA!

Era todavía penetrante y obscura, recitativa y modulada y se acompañaba en el piano con cierta gracia. El gustaba de ese canto y apoyado sobre la cubierta de felpa azul con gruesa flecadura de oro del piano de cola, la miraba cantar atento, soñador y desplazado de la realidad de su vida, tantas veces dolorosa.

Ella sabía el valor de su canto. Adivinaba cómo en esos aires franceses y obstinados se iba ese espíritu ardoroso hacia épocas pretéritas de violento placer, de dulce abandono juvenil.

Hormigón sabía que su cabeza era hermosa, que sus ojos eran luminosos y quietos, y que su voz tenía el poder de turbar ese corazón. Pero también sabía que él la miraba y se asomaba a ella como a una ventana llena de música a través de la cual viera pasar su juventud.

En una callecita calurosa, una mujer menuda y blanca lo invitaba y él la seguía turbado por esos boulevares extenuantes de París en una época voluptuosa y llena de la poesía humana de las midinettes. Ella sentía sin sufrir, cuán maravilloso era su poder. Veía como esos ojos se licuaban y como esos labios sonreían.

Y ella seguía tocando en una variación de aires y tonalidades de la voz.

Tocaba como ahora en ese mundo aun dormido de la Casa, apretando la sordina, con los ojos fijos en el retrato, tarateando:

«Pour qui, ma belle  
ton fraie sourire  
charme e delire,  
qui te l'inspire  
on qui l'oublie?»

Pero ahí, en la seda de los muros, junto a él, estaba el otro Retrato.

Siempre sería hermosa, aun ahora, en que los años la cubrían de la nobleza que su corazón ignoraba. Sobre la frente pequeña y blanca, se alzaba sombrío el cabello en altas ondas, y bajo las cejas demasiado perfectas, miraban unos ojos teñidos de legítimas sombras, inundados de una luz pegajosa y atrevida. ¡Y como brillaba la boca larga y ondulada en un afán succionante y desdeñoso!

Más abajo, emergían los senos amplios y firmes y las caderas mórbidas, y en una de sus manos desangradas, sostenía una rosa del mismo color de su carne, Desde el fondo sombrío de la tela, iluminaba su insolente blancura.

¡Su carne!

Hormigón veía palpitar las venas bajo el tejido transparente y recordaba como una quemadura cuya cicatriz no lo abandonaba, el calor húmedo de esa piel y su halo ardoroso, cuando se introducía a su tocador para pedirle le ajustase sus corpiños de raso. Sus dedos se hacían torpes en la tibieza, mientras ella ofrecía al espejo sus senos mal velados y opulentos. Hormigón cerraba los ojos, echaba sobre ellos un velo resignado como el que sobre la tela del retrato tejía el polvo de los días. El plumerillo no lo tocaba. Dejaba en manos del tiempo la tarea sorda del abandono.

Y seguía tocando un aire apasionado, pero bruscamente, cortando el ritmo manso de sus ademanes, cubría el teclado con el paño gris y lo cerraba, para continuar lenta y turbada persiguiendo el polvo en las mesillas luminosas, hasta que una voz lejana, adelgazada por la distancia, la volvía a la realidad de un día más que vivir.

Se ajustaba el delantalito, arriaba su bandera celeste y de puntillas, como para no despertar nuevamente su pasado, bajaba los ojos hasta llegar a la puerta, daba vueltas a la perilla de cristal y la cerraba tras ella con un ademán de callada pasión.